

JESSICA STOCKHOLDER.
PUNTOS CARDINALES

31.01-24.08.25

Texto curatorial. David Barro

Las obras de Jessica Stockholder (nacida en Seattle, Estados Unidos, en 1959 aunque creció en Vancouver, B.C., Canadá) muestran la compleja relación entre el espacio ilusionista de la pintura y la presencia física de la escultura. Interesada en el límite de las cosas y en cómo las entendemos, explora esta cuestión con relación a numerosos materiales y su intersección con las posibilidades pictóricas. Ese estado intersticial asienta su trabajo también en la confluencia que se da entre la instalación y la arquitectura, ya que siempre depende del lugar. En definitiva, es la experiencia de mirar, una suerte de abstracción, uso del color o experiencia plástica que se proyecta como una manera de comunicar el mundo, convencida la artista de que cualquier imagen de algo es abstracta si la pensamos como relación con la experiencia de ese algo.

El trabajo de Jessica Stockholder es paradigmático de lo que se denomina pintura expandida, esa pintura capaz de convertir el contexto en contenido al conquistar el espacio arquitectónico y provocar el paso de las dos dimensiones tradicionales de la pintura a las tres del espacio real, más la inclusión del tiempo del espectador, que necesita deambular por el espacio sin encontrar un punto de vista definitivo. Sin duda se trata de pintura, y en sus obras podemos hablar de fondo y de figura, de clarooscuro, de color, de composición, de espacio, de ritmo... Todo nos remite a elementos de tradición pictórica, aunque los materiales pueden ser calcetines, cinta americana, una tabla de surf, un fragmento de una cortina de ducha, una tela de un paraguas, una nevera, una máscara ghanesa, una máquina de escribir, unas pesas o una alfombra diseñada por ella misma a partir de un cuidado diseño cromático. Es la pintura como realidad que permite ser penetrada, habitada. Pero una pintura que permite seguir hablando de pintura, aunque en muchos casos sea el espacio arquitectónico la superficie para pintar. El uso del color desmaterializa las cosas y otorga ese valor pictórico que da entidad a la pintura. Lo advertimos en sus piezas más íntimas, una suerte de ensamblajes de objetos encontrados o, en ocasiones, comprados, que acaban borrando sus cualidades de objeto a partir de la incidencia del color. También la luz artificial como estrategia pictórica incide en esa intención, en efecto de color. Más allá de la pintura, se prima así lo pictórico de cada objeto y, en extensión, la capacidad pictórica del espacio arquitectónico, que soporta la pintura como la pared al cuadro.

Es por todo ello que para entender su trabajo haya que asumir una premisa fundamental: el color siempre está preparado para imponerse al material. El color desempeña el papel del dibujo, de la perspectiva, de la sombra, del volumen. Pero también asume su potencial metafórico, su simbolismo cultural, porque los colores cambian con el tiempo y con el lugar y Jessica Stockholder procura esa relación fisiológica con el color, que se asienta en lo emocional y en determinadas tradiciones que dotan al color de distintos significados. Lo advertimos en *Hollow Places Thin & Fat* (2011), donde la artista serigrafía unas formas y colores, al tiempo que impone unos impactantes cortes en unas planchas de madera de fresno, dejando así una serie de lugares huecos. La madera procede de un árbol centenario que dominaba el jardín de esculturas del The Aldrich Contemporary Art Museum hasta caer enfermo a causa de un

escarabajo invasor. El trabajo resultante no se trata de una obra *site-specific* y supone una ruptura con los materiales que habitualmente emplea Stockholder; sin embargo, su carácter de «situación» y su condición de palimpsesto de memorias –debido a la intensa conexión con los árboles y la madera que Jessica Stockholder había experimentado en su infancia en la costa noroeste del Pacífico, donde sus primeros recuerdos se asocian a esculturas talladas en madera y tótems creados por indígenas de la zona– encajan perfectamente con lo pretendido por Jessica Stockholder en sus trabajos. Los contornos naturales y defectos de la madera se incorporan en tanto que memoria «pictórica», del mismo modo que los cestos de mimbre lo hacen en *Cardinal Directions*, obra *site-specific* creada para Es Baluard Museu en la que el público debe caminar alrededor de la pieza para poder aprehenderla, como una suerte de periscopio que nos recuerda que su trabajo se basa en un proceso continuo de toma de decisiones. La artista nos obliga a caminar para conseguir ir descubriendo la totalidad de la obra, como en *Assist: Tied to be fit – Middle Period* (2021), donde una cuerda funciona como una especie de enredadera que se expande por el espacio expositivo. Esta condición invasiva, accidental o serendípica se da en el proceso de elaboración de la obra y en su recepción, donde siempre se parte de un orden conceptual, pero para abrazar lo inesperado. Por eso, en ocasiones, su obra puede parecer surrealista, dadaísta, aunque sería impensable sin la aportación ambiental del minimalismo. Así, lo específico del material y del objeto trasciende su especificidad para que lo que vemos –la superficie, la pintura– evoque otros muchos espacios y sensaciones capaces de desbordar los propios límites de la imagen y del espacio que la contiene.

Cardinal Directions es una pintura que se expande por el espacio expositivo y es capaz de convertir el contexto en contenido doblemente. Por un lado, por trabajar el espacio real, que al ser pintado funciona como figura y como forma sin dejar de ser soporte. Por otro, incorporando cables de acero y cuerdas marineras de colores que otorgan valor cultural al tiempo que se empoderan como gestos que flotan en el espacio, como líneas de fuga dibujadas en el aire. Pero, sobre todo, por su interés en incorporar los valores simbólicos tradicionales de la artesanía local al trabajar en colaboración con Pep Toni Ferrer y Magdalena Vidal, dos importantes artesanos mallorquines que llevan más de dos décadas dedicándose a la recuperación y enseñanza de la *llatra* –el trenzado tradicional con hojas de palmito para hacer cestas y otros objetos artesanales–. Con ellos, la artista genera en el corazón de la obra una suerte de tela de araña realizada a partir de diferentes cestos que se entretejen de una manera irregular y fruto de combinar diferentes materiales –*bova*, esparto, caña, *llatra* y mimbre– en sus diferentes variaciones y formatos.

Una vez más, Jessica Stockholder incorpora elementos cercanos que vinculan su obra con el contexto que la acoge y le da sentido, y lo hace de la forma más natural posible, creando hilos y correspondencias que atrapan nuevas formas e ideas que ayudan a comunicar el sentido de las cosas. Pero, sobre todo, una y otra vez, Stockholder ausculta el poder de los límites, entre el arte y la vida, pero también entre disciplinas artísticas. Lo real se desdibuja con lo metafórico y cualquier superficie adquiere la cualidad ilusionista de lo pictórico. La artista asume el mundo como una forma inédita, capaz de ser reinventada asumiendo su memoria, ya sea la de un árbol milenario o de unos cestos manufacturados que nos remiten a oficios ancestrales. Lo recogido siempre son formas que poseen condiciones semánticas, que constituyen un lenguaje de singularidades. Porque todos los objetos nos cuentan cosas, y los artistas, como los artesanos, son transmisores de un universo de signos y formas repetidas a lo largo del tiempo que constituyen el carácter diferencial de un territorio. Algo que es extrapolable al color, que puede cargar de peso a un objeto o dotarlo de una mayor ligereza. Entramos así en el infinito campo de lo emocional, una realidad capaz de llevarnos de un orden a otro, capaz de sumergirnos en una experiencia que, como espectadores, nunca será idéntica y dependerá de muchos factores, desde la luz o un sonido que penetra en nuestra experiencia a nuestro estado de ánimo. Jessica Stockholder lo ha afirmado en varias ocasiones: la experiencia del color siempre es relativa y cambiante. Efectivamente, sus obras son una fisura en nuestra percepción. La pintura como

posibilidad se conjuga con la realidad física del material y necesitamos merodear alrededor de obras que nunca nos ofrecerán un punto de vista único, posibilitando la condición performativa de una pintura que cultiva el tiempo y el espacio como volumen, pero que también es capaz de detenerlo y expandirlo cuando se convierte en imagen, en acontecimiento pictórico.

La pintura de Jessica Stockholder siempre se ha centrado en la visión, en la mirada, en cómo una imagen o incluso un espacio arquitectónico se define desde lo pictórico. La capacidad de incitación en este sentido es inagotable cuando la pintura se disgrega. Por eso su pintura conforma un lugar propio, y en ese proceso el factor tiempo cobra una importancia radical, ya que la pintura obedece a una lógica de apariciones y sensaciones, de encuentros y percepciones, máxime cuando somos nosotros como espectadores quienes nos vemos obligados a definir el encuadre y su duración. Es entonces cuando nos damos cuenta de cómo lo cotidiano ha sido monumentalizado y llevado a otro dominio a través del color. Porque su obra se conjuga desde el color, pero se presenta desde los dominios de lo háptico, de lo material y sus texturas, conjugando el peso y la densidad de las formas, la espesura de lo esencial y de lo humano, la escala, etc. Porque los materiales y las formas no son poéticos de por sí, adquieren esas cualidades cuando consiguen la resonancia adecuada, su propio brillo, y porque, como señala con claridad el arquitecto Peter Zumthor, los materiales no tienen límites: «coged una piedra: podéis serrarla, afilarla, horadarla, hendirla y pulirla, y cada vez será distinta. Luego coged esa piedra en porciones minúsculas o en grandes proporciones, será de nuevo distinta. Ponedla luego a la luz y veréis que es otra cosa. Un mismo material tiene miles de posibilidades». Esas posibilidades del material y de los objetos son auscultadas por Jessica Stockholder a través del color, asumiendo que la pintura es una realidad física que permanece invariable, pero también una proyección que muda infinitamente mientras nos movemos, generando distintas lógicas perceptivas del espacio que la acoge y le da sentido.